

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
BELLAS ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VII — Santiago, Julio de 1930 — Núm. 65

Luis Alberto Sánchez.

INDAGACION DE WALDO FRANK

¿ME perdonó Waldo Frank que, rompiendo la camaradería forjada durante su breve permanencia en Lima, le hablara como profesor de la Facultad de Letras el día de su recepción? No lo sé. Pero sí estoy seguro de que comprendió profundamente el valor de la ceremonia y apreció el gesto con que la Facultad lo invitó a su tribuna y le ofreció el doctorado *honoris causa*. Y sé además que supo aquilatar la manera cómo se juntaron aquella mañana la tradición severa y centenaria de la Universidad, y la esperanza—milenaria, porque arranca de los profetas—palpitante y juvenil de Waldo Frank.

Ensayo ahora una indagación, apartada de los textos, a través de su personalidad y el *sentido*, o sea el *ritmo*, de su obra entera.

1.—MENSAJE

Es en los profetas del Antiguo Testamento, es decir en los primeros mensajistas—muy diferente a mensajero—, en quienes hay que buscar el acento patético con que, en medio de su elegancia, habla del universo Waldo Frank. Del universo, y por gradación inversa, de América, de su país, de su generación, de su *yo*. El mensaje que trae es su propia experiencia. Pero esta experiencia se dilata como una vasta esperanza cósmica, de modo que el *yo* se funde con el *todo*, y América no es sino la palpitación íntima de cada hombre que se conoce y que siente plenamente su deber y su misión. De ahí que en su primera conferencia—*Mi mensaje al Perú*—Frank dijera, sencillamente, que en el título de la conferencia había un truco yanqui, puesto que su mensaje era él mismo, su persona, su experiencia.

La razón del truco nos lleva a considerar el *mensajismo* americano. Hemos padecido, sin duda, la enfermedad del mensaje. Todo aquel que se sintió llamado—auto-llamado muchas veces— a opinar sobre asuntos generales de América, apeló al mensaje en los últimos tiempos. Mensaje que resulta, casi siempre, pastoral eclesiástica o proclama militar, aunque lo pronuncien o redacten laicos y civiles. El mensaje es un reflejo del *affiche* comercial sobre las ideas. Trasunta la influencia de la publicidad yanqui en la mentalidad latina. Es la prueba más palmaria de la norteamericana, capitalista y arrolladora; palpable además en el modo de vestir, de considerar la vida, de comportarse en los negocios, de enamorar cinematográficamente, de dar la mano, y hasta de mascar *chewing gum*. El mensaje parece una audición de Mr. Ford o Mr. Edison. Y de ahí que haya sido ineficaz totalmente el mensajismo de Ugarte, de Palacios, del propio Vas-

concelos y me temo mucho que esté en camino de ocurrirle lo mismo a otros. Porque el mensaje, entendido como sermón, lejos de confortar, desorienta; y además echa a perder una dosis de energía considerable, que en vez de aplicarse a la discriminación serena de los problemas, o a la preparación metódica de la acción, se dilapida en palabras, y en palabras sonoras que son las más peligrosas y debilitantes.

Waldo Frank reacciona contra ese género de mensajes. El no tiene la culpa de que su genio, esencialmente crítico, sufra la presión inevitable de su raza, cuyo arranque se vislumbra en Isaías. Por eso su criticismo asume la nota patética de que he hablado. Este criticismo, humano y patético, es su mensaje. Un mensaje que comprueba bastante, exhorta poco, integra mucho y erige la crítica en sistema de construcción y armonía, en vez de método de disociación y pendencia. Cuando el mensaje es la propia experiencia sintetizada, armoniosa, profundamente esclarecida por el propio análisis, entonces el consejo y el ejemplo que de ello surjan tendrán que ser armoniosos, hondos, sintetizadores. Y toda síntesis supone la indagación y el hallazgo de un ritmo. El ritmo constituye, pues, otra de las notas características de Waldo Frank. Y su mensaje se resume en el hallazgo de sí mismo, tal como él un día, en Europa, lejos de su patria, vió con más lucidez que nunca la realidad americana.

2.—PATETISMO

Waldo Frank es más conocido por sus obras de interpretación que por sus novelas. Entre aquellas se ignora generalmente *Salvos*, reunión de admirables ensayos estéticos. Entre éstos los más conocidos son

Rahab y Holiday. El público—también el autor— se olvida de *The unwelcome man* (1917). Pero considera los relatos novelescos de *City Block*.

Frank sigue en sus novelas la norma puritana que encontramos en tantos autores yanquis, desde el relato apasionado de *The scarlet letter* de Hawthorne—que ya fué cinematografiada—hasta el acento ronco, ronco de tanto jadear y proferir imprecaciones, de Walt Whitman. Como compensación a la locura capitalista e industrial de aquel país, sus gentes pensantes—«videntes, vivientes y oyentes» dijo Waldo Frank de la minoría de público que le iba a escuchar en sus conferencias limeñas—tienen la obsesión de lo trascendente, quizá como previniendo un posible castigo contra el *mammonismo* del país. Longfellow no olvidó aconsejar sobre la vida; en Thoreau florece un género de literatura honda y casi mística, y en Emerson, tan dispar de Whitman—aunque íntimamente poseído de semejante palpitación—, y en Poe, como en Wilson, brota, como en Ford, la tendencia a generalizar, que es, cuando se queda en la superficie, el disfraz del que no puede calar hondo; y cuando llega a la esencia, un medio de filosofar y de trascender.

Las novelas de Waldo Frank—lo que más ama él en su obra—revelan un sentimiento patético, místico y trascendente de la vida y la literatura. En *Rahab* aparece, desde el título hebraico, la pecadora tan distinta a las pecadoras de la literatura francesa, con algo de *pathos* y de *fatum* sobrenatural, un dejo de Ashaverus a través del relato apasionado. En *Holiday*, tal vez una de las páginas más relevantes es la de la descripción del misticismo negro, cuando en la iglesia todos oran, todos claman su infinita angustia; o cuando los linchadores emprenden la persecución del pobre negro, a quien se acusa y en quien hay que ejercer no ya sanción sino venganza y odio.

Son novelas en que la frivolidad no surge nunca. En

que el amor de mujer asume una categoría de trascendentalismo, de sobrenaturalidad. En que el dolor del negro pasa de lo pintoresco a lo semi-divino, a fuerza de ser profundamente humano. Tal como en los relatos de *City Block*, se advierte la presión de la vida, como pese a las diferencias técnicas en el *Manhattan Transfer* de John dos Passos—cuya ascendencia es judía como la de Frank.

El problema de la literatura existe para Waldo Frank como una manifestación de la vida. Nada más lejos de él que el deportismo literario. De ahí su discrepancia con Ortega y Gasset por la desacreditada *deshumanización*; y su acuerdo con Unamuno, sobre todo, quien dice:

Nada hace más estragos en la verdadera y honda espiritualidad, en la religiosidad, que la consideración predominantemente estética. El esteticismo ha corrompido la fuente religiosa en los países que se llaman latinos.

La literatura readquiere así su categoría humana, no obstante el estilo netamente artístico, ritmo puro, de Waldo Frank. Pero es que para él quien puede aprehender la verdad en su pureza es sólo el artista; y el *ritmo* no es fruto de la habilidad profesional de un literato, sino producto de la organización rítmica del pensamiento y del sentimiento, antes de su expresión.

3.—INTÉRPRETE

La cuestión del *ritmo*—*integración* y *armonía*—y de la trascendencia, que se plasma a menudo en *símbolos*, da un acento especial a la interpretación frankiana. Los libros de interpretación son cuatro, pero de ellos sólo tres están traducidos al castellano: *Our America* (1919), *Virgin Spain* (1926) y *The Rediscovery of Ame-*

rica (1929). (Este último apareció en francés, incompleto, en la revista *Europe*.) Estos tres libros encierran una proeza rítmica. Waldo Frank tiene el sentido desconcertante del viajero experto. Del que no necesita *cicerone*. Eso que él realiza en la vida: lanzarse solo a las calles de la ciudad a que acaba de arribar, internarse por sus callejuelas menos conocidas, orientarse por sí mismo, otear e indagar todo, en silencio y en compañía sólo de sí mismo, se advierte en sus libros.

En *Our America* utiliza los más variados elementos para llegar a su síntesis. Los políticos, los danzarines, los hombres de negocios, los escritores, los *pioneers*, los *cow-boys*, los artistas, los templos, las plazas, el cinematógrafo, los deportes, los diarios, todo le sirve para forjar su sinfonía. Este vocablo complace especialmente a Frank. El mismo lo da a *Virgin Spain*. Violoncelista en su adolescencia, con un profundo sentido musical, es capaz de extraer de tan disímiles elementos una tonalidad. Su interpretación está sustentada, toda ella, en la necesidad de integrar, de totalizar, de percibir el ritmo. He aquí una cuestión que tiene, indudablemente, un sentido metafísico, místico, un sentido netamente judío.

4.—INTEGRACIÓN

De la danza española y de unos cuantos datos, aparentemente inconexos, la intuición de Waldo Frank extrae un sistema, una síntesis. De la vida norteamericana, una visión panorámica. Coloca en fila elementos diversos y hasta contradictorios. Un político del tipo Bryan, en quien se manifiesta ya el descontento; uno del tipo Wilson; un hombre como Debbs; el artista Stieglitz; la danzarina Isadora Duncan; el escritor Mencken; el astro Chaplin; el dramaturgo O'Neill;

el poeta Mosses, la *flapper*, el *jazz*, la vida de Hollywood, el tráfago de Chicago, la vida absorbente de New York, la figura de Dreisser, el contrabandista Al Capone, el presidente Hoover; y de todo esto, como quien crea un mundo, exprime su idea central, la síntesis, la totalización, porque ha sabido hallar el ritmo único que rige tales fenómenos y personajes, en apariencia—sólo en apariencia—discordantes.

En España realiza una acción semejante. Observa a las danzarinas del norte africano; a la mujer andaluza—tan admirable como su pintura de la *flapper* neoyorquina—, a un polemista como Unamuno, a un poeta a lo Valle Inclán, a Belmonte, a Juan Ramón Jiménez, al Cid, al Quijote, al baturro, al castellano, la llanura misma de Castilla, el tipo de Isabel la Católica, la añoranza de Colón, y de tan abigarrado conjunto surge la magnífica sinfonía de *España virgen*, en la que se puede seguir, sin dificultad, el ritmo central, la idea guiadora, la armonía del pensamiento totalizador.

De Sud-América—confiesa Waldo Frank—tratará de hacer una síntesis, porque cree percibir remotamente el ritmo de toda esta vida nuestra. Pero no se atreve ni siquiera a bosquejar un capítulo, porque todavía le falta la idea base, la armonía, el panorama, el ritmo en suma. Y mientras no existe ese ritmo, nada tan difícil como bosquejar una obra, dislocada, inconexa, o con una conexión meramente intelectual. Waldo Frank necesita el ritmo, pero no el ritmo imaginado o pensado, sino el *ritmo sentido*. Tiene que sentir su obra, antes de planearla; percibir la armonía íntima del conjunto, llegar por un esfuerzo de intuición a la esencia misma de sus libros. Y entonces—sólo entonces—interviene la inteligencia, para disciplinar y ordenar el motivo central de la sinfonía.

Nada más admirable que su interpretación, a través del *jazz*, de la vida norteamericana. El *jazz*, como

expresión de rebeldía y de protesta—saxofón y *banjo*—, expresa claramente el sentimiento de las minorías de Norteamérica y la oscura ansiedad de las mayorías maquinizadas, cuya subconsciencia experimenta el trágico anhelo de emanciparse de la industrialización y el imperialismo injustos, absorbentes, peligrosos y anti-humanos.

El judío habla en él con fuerza incontrastable. Busca al mundo en el hombre. Su nuevo mundo, el que él anuncia, no es sino el esclarecimiento, el auto-conocimiento del hombre mismo. Su judío no es el que reza en la sinagoga, ni el que tiene determinados rasgos fisonómicos y abuelos sefaradíes; ni el que desea ir, en peregrinación angustiada, ante el Muro de las Lamentaciones a derramar, si es necesario su sangre, para abonar la renovación del ideal hebraico. El judío de Frank es el de *ideas judías*. La idea es lo que centraliza, porque la idea es una forma del espíritu. La raza es una mentira, si no existe la *raza de las ideas*. En el judío se sigue la huella de toda la minoría. Todo hombre minoritario, todo insatisfecho, tiene un parentesco con el judío. Aquella vieja estirpe de Israel resucita tan solamente en el que se identifica con la idea judía, es decir con la actitud judía.

Para Frank no existe, en puridad de verdades, una obra judía, sino una obra de judíos, porque así actúan las individualidades, sintiéndose a sí mismas, y de ellas hay que esperar la realización del viejo ideal de su raza. En una de sus conferencias—la tercera—dijo algunas bellísimas palabras de agradecimiento a su público. Y una vez más surgió, en ese minuto fugaz, el afán de síntesis.

Los que están acá—dijo poco más o menos—son una minoría, pero este teatro medio desierto es un símbolo de la humanidad, en la que sólo hay una escasa minoría de videntes, oyentes y vivientes.

En la trayectoria hacia estas síntesis, la intuición desempeña su misión incomparable. De ahí el rápido dominio de los caracteres que tiene Waldo Frank, y la manera veloz y certera con que llega al fondo de los hombres.

5.—EL PROBLEMA

Frank sostiene—¡y cómo no lo va a sostener, si ello está bulliendo!—que existe en Norte y Sud-América un problema palpitante. Problema que exige una solución urgente. Solución en que se hallan empeñadas las últimas generaciones del continente, desde hace algunos lustros. Generaciones que comprenden la dura obligación de vivir y vivir actuando. Pero para resolver este problema de América existe una primera etapa: conocer el problema implica un análisis profundo. Mas el análisis no se lleva a cabo con sólo querer. No todos pueden analizar. El análisis imperativamente pide *objetividad* en el que trata de llevarlo a cabo. Y la objetividad entraña una función *crítica* de primer orden.

Sin embargo, Waldo Frank llega a sus síntesis por la intuición que otorga al artista el primer rango entre todos los que se afanan en la indagación de la verdad. Sólo el artista es capaz de aprehenderla, nadie más que él. Arte y verdad se juntan en la intuición, y ésta se resuelve en pura *subjetividad*. Este es precisamente el punto en que Waldo Frank difiere de nuestros pensadores americanos, tan dados a la polémica y tan convencidos de que la seriedad y la sequía son los ingredientes primarios de un apostolado. Olvidan que todo apóstol y todo profeta encierran un alma profundamente artística y que, en la fundación de todo orden, la humanidad exige un sentido de belleza, un ritmo

sutil, sobre el que se erigen todos los credos. Por ese camino de la intuición, de la subjetividad y el arte, por un lado; del análisis, de la crítica y la objetividad, por el otro lado, Frank llega a esbozar su pensamiento. Cuando algunos han creído ver en él y su obra el deseo de unificar las dos Américas, él siempre ha respondido:

No; pido armonía, integración, cooperación entre las dos Américas, pero una identificación sería suicida; es preciso que cada América conserve sus rasgos característicos.

No hay que olvidar que en una página de *Virgin Spain* escribe textualmente:

El internacionalismo judaico fué un sutil veneno.

Nada hay más unitario que la individualidad humana; y sólo por el camino de ésta se llega a la unidad del mundo.

6.—ROMANTICISMO Y DISCIPLINA

Busca Waldo Frank, en medio de la fatiga de un ambiente industrial y materialista, fuentes vivas, renuevos para su anhelo totalista y humano. De ahí que escriba sobre California, que se deleite con el aspecto originariamente campestre de la personalidad de Bryan y que viaje por países aun primitivos y puros, como España, como América del Sur, como Africa. Mas de ahí no se debe deducir que se trata de un rousso-niano perfecto. De Rousseau sólo admira el impulso para devolver su personalidad libre y pura al hombre.

Con él coincide sólo en lo que al *Emilio* se refiere, pero en ello tiene distinciones fundamentales: el niño—lo primitivo—no es para Frank la felicidad absoluta a la que se superpuso, malográndola, la civilización. El

niño—ha dicho—es lujurioso, salvaje, cruel, egoísta, y en realidad está muy lejos del ángel con el que se le compara. Acaso se acerca más al demonio. Desde luego, la cultura, el roce con los demás hombres y sobre todo el propio conocimiento, es lo que eleva al niño hasta la categoría de humano, es decir, de divino. Y en este punto se distancia, decididamente, de Rousseau.

Pero hay algo más. Frank viene a predicar disciplina, *método*. Toda la ansiedad que él ha comprobado en su país es la búsqueda del método. El *jazz* se queja y se rebela, porque no existe aún disciplina para la obra renovadora. Sufre y tropieza Chaplin, como una personificación de la marcha en procura del método. En los escépticos como Mencken, y en los críticos románticos como el formidable cuentista Sherwood Anderson, se encuentran los mismos síntomas: insatisfacción pero también desamparo, porque les falta disciplina. Toda la labor crítica del último decenio no significa sino la ansiosa marcha en busca del método. El *método*—objetividad, organización, totalización de energías, integración de elementos dispares—constituye el gran problema previo. En América se comprueban la rebeldía, la protesta, la insatisfacción, el enorme anhelo de reforma; pero faltan en Norte y Sur la disciplina, el método. De ahí que Waldo Frank al definir su mensaje diga que lo trae en sí mismo, es decir, en su experiencia europea, porque Europa le enseñó la dolorosa lección del método, y también la de su exhaustez.

☞Europa—dirá en algún párrafo de *El redescubrimiento*—es un cadáver.

Sólo que cadáver, como observa Frank, no significa cuerpo muerto, puesto que contiene multitud de seres en embrión. A tales seres los ata ese cuerpo inerte ya, y en apariencia sin vida, así como la disciplina y el mé-

todo unifican las voluntades más antagónicas. . . . No se encuentra en el desorbitado Rousseau lección semejante, ni consejo tan persistente en defensa del método.

7.—UBICACIÓN

Se puede ahora ensayar la ubicación de Waldo Frank. Su último libro, en que colecciona las conferencias de su gira indo-americana—*Mi primer mensaje a la América hispana*—nos lo presenta en la madurez de su ideario frente a los problemas de nuestra América, o, quizá, mejor, de las «dos» Américas, que él anhela ver unidas. Artista y crítico, creador y disciplinador, Waldo Frank tiene del artista la preciosa necesidad de hallar la verdad; del crítico, la facilidad para penetrar en su tecnología. Su educación y su raza nos lo definen con bastante claridad. Tiene del judío la gran esperanza mesiánica y el sentimiento místico, cósmico, fácil para sentirse *uno* con el universo, individualizando el mundo, o, mejor aún, universalizando el *yo*. Su educación le dió la claridad, el ritmo latino para expresarse y pensar. Y del puritano norte-americano conserva—y en dosis crecida—dos características acentuadas: la honestidad espiritual y la tenacidad para la lucha, propia del *pioneer*. Luchador o *pioneer* que, en ningún caso, significa un *struggler-for-life*, porque todo hombre de esta especie—piensa Frank—amputó su personalidad y oculta un egoísmo espantoso.

En las literaturas americanas, especialmente las del sur, no se encuentra par a Waldo Frank. Hay pensadores tal vez más grandes, apóstoles más decididos, pero no mantenedores de sistemas. Nuestros apóstoles personalizaron siempre. Su inquietud tendió a la cosa pública, mas siempre a través de la alusión personalista o de grupo. Sarmiento, a través de Rosas; Mon-

talvo, a través de García Moreno; Martí, a través de España; González Prada, a través del clero, fueron grandes odiadores. Actuaron en virtud de reactivos poderosos, directos e infalibles. En Rodó empezamos a encontrar el pensador de tipo desinteresado y abstracto. También al artista, como se ve en Prada y Montalvo, no así en Sarmiento. Pero Rodó era un profesor, le faltaba andarínaje, y andarínaje significa vida. Hablaba para una Academia; sus ejemplos surgían de libros filosóficos; su guía fué un profesor de escepticismo, Renan, y otro de paradójico fervor por la vida, Guyau. En Waldo Frank existe el contacto inmediato y directo con la existencia. La fe que lucha. El método erigido en ideal, porque de nada valdrán impulsos poderosos, si no se tiene disciplina, si no se encuentra, al cabo, el método.

Hay una frase amarga y terrible de *Nuestra América*:

Durante los cien años de su existencia material—escribe Frank—, América ha obtenido éxito. Ese éxito implicaba la represión de la vida, ya hemos visto hasta qué punto. El hombre que soñaba, amaba o creaba, en vez de enriquecerse era un paria y un hazme-reír. La vida se refugió—con su misterio y su pasión infinita—en los dominios del fracaso. La vida sobrevivió en el fracaso. En el fracaso la encontraron los nuevos profetas. Los artistas más eminentes de ahora—prosistas, poetas o pintores—exaltan la santidad del fracaso.

Pero el fracaso—que ha sido el llamado *éxito* de Norte América—se impone. Debe tener presente el hombre nuevo que «en un mundo agonizante, *creación quiere decir revolución*». Y que el artista no debe concretarse a reflejar y expresar, sino que debe *transformar*. Todo creador debe ser un transformador, es decir, un *revolucionario*. Porque el fracaso erigido en norma conduce indefectiblemente a ese camino, al contrario del éxito, que significa entronizamiento del egoísmo. Waldo Frank, campeón del fracaso, contra el éxito de su país,

revolucionaria al crear y realiza su función de artista, esforzándose por transformarse. No es raro que en Estados Unidos sea minoría la gente que se agrupa en torno de él. Ni que le plazca tanto, cuando llega a una nueva ciudad, andar libre y solo, sobre todo solo, por las calles, procurando captar el ritmo esquivo.

Así aparece Frank, entre la inmensa masa de los Estados Unidos, en la misma actitud con que llega a las ciudades desconocidas: *libre y solo*. El nos habla de una Norte-América libre y sola, es decir, minoritaria. Los hombres representativos no le sirven sino para comprobar el estado de insatisfacción, protesta y rebeldía. Hay un dato singular: a Waldo Frank no van a escucharle—en Lima, al menos—en sus conferencias, sus compatriotas de nación. No se ven rostros yanquis en la sala. Van sus compatriotas de ideas, compatriotas en esa gran vastedad que él propugna, de la raza de las ideas. Hasta en el Islam ha visto ya el espectáculo de una gran idea en marcha. Una idea que requiere cohesión. Otra vez surge la obsesión de integrar y totalizar, que ya en *Salvos* (1924), le arranca esta frase:

The chief business of the American literary artist and critic of those days was therefore the launching of a call of rally.

Y estas otras, que explican su concepto trascendente del arte y la crítica, elevadas a categoría mucho más alta y humana:

We know that even as art is far more than expression, criticism is more than smiles and grimace and frowns.

En Estados Unidos, como en el resto del mundo americano, un pensamiento de semejante calidad es un pensamiento rebelde, libre y minoritario. Frank busca, más allá de la máquina, del «caos» que es la

civilización, la actitud y el sentido humanos. Siempre que le preguntan por su profesión, contesta: «hombre»; y muestra su tarjeta de afiliado a la organización de *Workers* de su país. Por haberlo entendido así, lejos de los aspectos oficiales y materialistas de su patria, las juventudes hispano-americanas lo han acogido con alborozo, y en España se le admira tanto o más que en Francia. Nada hierde tanto a Waldo Frank como que se le suponga propagandista de los Estados Unidos actuales, puesto que él prepugna su renovación, otros Estados Unidos que ahora están en embrión, que desaparecen para los ojos del mundo, bajo el cemento, las ferrovías, el petróleo, el carbón, los dólares, la ley Lynch y los buques de los Estados Unidos oficiales.

8.—COMUNIÓN

Nos deja Waldo Frank, en sus libros y sus conferencias—ahora reunidas en *Mi primer mensaje a la América Hispana*—, una huella más honda de lo que parece. Este «artista»—como lo han calificado insistentemente algunos que tienen del artista el concepto de un esteta puro—posee derrotero y meta. No debe olvidarse que el artista tiene la misión de *transformar*; no reflejar ni expresar; que la creación es siempre una *revolución*; que el arte, por consiguiente, va mucho más allá que un juego estético; y en fin que, como dice Unamuno, si el puro esteticismo es lo más antagónico a la religiosidad, en Frank, cuyo tono profundamente religioso no puede negar nadie que lo haya leído y escuchado, sería absurdo pretender encontrar ese «arte puro» en el sentido de belleza pura, que acostumbran algunos atribuirle.

En Waldo Frank surge la obra de creación, es decir, de revolución. Su revolución es más ambiciosa que to-

das las otras, porque aspira a insurreccionar los espíritus. Todas las formas de rebeldía conocidas le parecen tramos de la que él sueña y anhela. Su nuevo mundo no es el continente desunido que descubrió Colón, sino el nuevo hombre, del que son heraldos las minorías insatisfechas e idealistas del mundo entero. Minorías de Hispano-América, de España, de Estados Unidos, de los judíos, del teatro semi-desierto en que decía su última conferencia; minorías, expresión de gente inconforme y en actitud de rebeldía, porque aspiran a *crear*.

En Waldo Frank esta obra común, que es de todos, encuentra su expresión más clara. El deja su ejemplo, su consejo, su observación tan aguda, que ya no se pueden contemplar las realidades por él descritas, sin recordar su punto de vista. Y es por eso que el nuevo hombre, es decir, el nuevo mundo americano, crece, tendiendo a integrarse con los del Norte minoritarios, insatisfechos, y ya empezamos a extender cartas de ciudadanía fraterna a Sherwood Anderson, a Eugene O'Neill, a Waldo Frank y a Charlie Chaplin. También nos deja otra enseñanza: que el pensamiento, la meditación ahincada sobre la vida, no requiere los velos de un lenguaje esotérico mal llamado filosófico; y que la filosofía—de la cual se siente tan lejos—no es la técnica de un lenguaje, sino la preocupación profunda por toda la vida humana. A propósito bueno es recordar cómo en la *Sociología* de Simmel tiéndese también a integrar aspectos aparentemente fútiles con sucesos y corrientes graves.

En su afán de síntesis, después de su lúcido esclarecimiento crítico, realiza una labor enorme. Con su alto ejemplo de desdén a los halagos vanidosos, se diferencia de todos los conferencistas que han venido para dar conferencias, y no con sus conferencias, como Waldo Frank. Y por su insistente evasión del medio «caótico»

de su patria—Chaplin de la idea en un Hollywood de petróleo y carbón—lo reconocemos nuestro, de nuestra raza, de esta raza que él mismo definió tan bien, la raza de las ideas, la raza del descontento, de la inconformidad, de la insatisfacción; pero también de la esperanza.